

**ÉRASE
UNAVEZ EN
HOLLYWOOD
UNA NOVELA DE
QUENTIN
TARANTINO**

«El hecho de que Cliff siempre esté apagando incendios para Rick ha sido una parte esencial de su dinámica desde que los dos formaron equipo. A veces son incendios figurados, como el de ahora mismo. El incendio que forjó su amistad, en cambio, fue un incendio literal».

Rick Dalton, un actor de televisión en decadencia, abocado al alcohol y en busca de un papel que lo redima, y Cliff Booth, su doble de escenas de acción y heroico veterano de guerra (con alguna que otra sombra), son los antihéroes de esta sorprendente novela, que va mucho más allá del final que vimos en el cine. Los acompañan algunos secundarios de lujo, figuras históricas como Sharon Tate o Charles Manson, pero también otras inventadas e indistinguibles de las reales. Con todas ellas el autor construye un mundo único y original, irrepetible en ningún otro lugar salvo en su imaginación.

Érase una vez en Hollywood es el insólito debut de Quentin Tarantino en la literatura, una deliciosa y brutal primera novela. Con esta nueva muesca en su trayectoria propone, cómo no, nuevas reglas para el género de la novelización, pues logra voltear la historia que nos mostró en la gran pantalla. Todos los personajes, escenas y tramas que aquí nos ofrece –con diálogos y descripciones marca de la casa– no solo expanden el universo fílmico de Tarantino, sino que además nos presentan a un narrador con un talento excepcional.

Este libro está dedicado a

Mi esposa
DANIELLA

y Mi hijo
LEO

Gracias por crear un hogar feliz
en donde escribir

Y TAMBIÉN

A todos los actores de antaño que me contaron
historias tremendas sobre el Hollywood de aquella época.

Y gracias a ellos ahora tenéis
este libro en vuestras manos.

Bruce Dern * David Carradine * Burt Reynolds
Robert Blake * Michael Parks * Robert Forster

y
sobre todo
Kurt Russell

RICK DALTON: Antes tenía una serie de televisión propia, pero ahora es una vieja gloria que suele hacer de villano y ahoga sus penas en whisky sour. ¿Salvará su porvenir una llamada desde Roma o bien lo sellará?

CLIFF BOOTH: Es el doble de acción de Rick y el hombre con la peor reputación de todos los platós de cine, porque sobre él pesa la sospecha de haber asesinado con impunidad.

SHARON TATE: Se fue de Texas para perseguir el sueño de ser una estrella de cine y lo ha alcanzado. Ahora Sharon pasa sus días de gloria en Cielo Drive, en las lomas de Hollywood Hills.

CHARLES MANSON: Exconvicto que ha convencido a una panda de *hippies* drogados de que es su líder espiritual, aunque lo cambiaría todo por ser una estrella del *rock and roll*.

HOLLYWOOD, 1969
¡OJALÁ HABERLO VIVIDO!

1

«Llámame Marvin»

Suena el timbre del dictáfono de la mesa de Marvin Schwarz. El agente de la William Morris presiona con el dedo la palanca del aparato.

—¿Me está llamando por mi cita de las diez y media, señorita Himmelsteen?

—Sí, señor Schwarz —dice la vocecita aguda de su secretaria por el minúsculo altavoz—. El señor Dalton le está esperando fuera.

Marvin vuelve a presionar la palanquita.

—Cuando a usted le venga bien, señorita Himmelsteen.

Se abre la puerta del despacho de Marvin y la primera en entrar es su joven secretaria, la señorita Himmelsteen. Se trata de una joven de veintiún años y filosofía *hippy*. Lleva una minifalda blanca que deja al descubierto sus piernas largas y bronceadas, y el pelo largo y castaño recogido en unas coletas estilo Pocahontas que le cuelgan a ambos lados de la cabeza. Detrás de ella, entra el apuesto actor de cuarenta y dos años Rick Dalton, con su característico tupé castaño y reluciente.

Marvin sonríe de oreja a oreja levantándose de la silla de detrás de su escritorio. La señorita Himmelsteen intenta hacer las presentaciones, pero Marvin la interrumpe:

—Señorita Himmelsteen, acabo de ver un puto festival de películas de Rick Dalton, o sea, que no hace falta que me lo presente. —Marvin recorre la distancia que los separa y extiende la mano para que el actor de wésterns se la estreche—. Chócala, Rick.

Rick sonrío y le da al agente un apretón de manos enérgico y vigoroso.

–Rick Dalton. Muchas gracias, señor Schwartz, por dedicarme un momento de tu tiempo.

Marvin lo corrige:

–Me llamo Schwarz, no Schwartz.

«Joder, ya la estoy cagando», piensa Rick.

–Me cago en la puta... lo siento... señor Sch-WARZ.

Mientras le da un último apretón de manos, el señor Schwarz le dice:

–Llámame Marvin.

–Marvin, llámame Rick.

–Rick...

Se sueltan las manos.

–¿La señorita Himmelsteen puede traerte algo de beber?

Rick hace un gesto con la mano para rechazar el ofrecimiento.

–No, gracias.

Marvin insiste.

–¿Nada, estás seguro? ¿Café, Coca-Cola, Pepsi, Simba?

–Bueno –dice Rick–. Pues un café.

–Bien. –Tras darle una palmada en el hombro al actor, Marvin se dirige a su chica para todo–. Señorita Himmelsteen, ¿tendría la amabilidad de traerle a mi amigo Rick un café? Y otro para mí.

La joven asiente con la cabeza y cruza el despacho de un extremo al otro. Cuando ya está cerrando la puerta tras de sí, Marvin le grita:

–¡Ah, y nada de ese matarratas de Maxwell House que tienen en la sala de personal! Vaya al despacho de Rex –le dice Marvin–. Siempre tiene un café de primera. Pero nada de esa porquería turca –le advierte.

–Sí, señor –contesta la señorita Himmelsteen, y se vuelve hacia Rick–: ¿Cómo le gusta el café, señor Dalton?

Rick se vuelve hacia ella y le dice:

–¿No te has enterado? Se lleva lo negro.

Marvin suelta una risotada que parece una bocina de coche y la señorita Himmelsteen se tapa la boca con la mano para disimular una risita. Antes de que su secretaria cierre la puerta tras de sí, Marvin le grita:

–¡Ah, señorita Himmelsteen, a menos que mi mujer y mis hijos hayan muerto en un accidente de coche, no me pase ninguna llamada! De hecho, en el caso de que hayan muerto, en fin, seguro que pueden esperar media hora más, así que no me pase llamadas.

El agente le indica al actor con un gesto que se siente en uno de los dos sofás de cuero situados el uno frente al otro, con una mesita de café de cristal en medio, y Rick se pone cómodo.

–Lo primero es lo primero –dice el agente–. ¡Mi mujer, Mary Alice Schwarz, te manda saludos! Anoche hicimos un programa doble de Rick Dalton en nuestra sala de proyecciones.

–Uau. Me halaga y también me da un poco de vergüenza –dice Rick–. ¿Y qué visteis?

–Copias en treinta y cinco milímetros de *Tanner* y de *Los catorce puños de McCluskey*.

–Pues mira, son dos de las mejores –dice Rick–. *McCluskey* la dirigió Paul Wendkos. Es mi director favorito. Hizo *Gidget*. Se suponía que yo tenía que salir en *Gidget*. Pero al final Tommy Laughlin se quedó con mi papel. –Hace un gesto magnánimo quitándole importancia al asunto–. Pero no pasa nada. Tommy me cae bien. Me consiguió un papel en la primera obra importante que hice.

–¿En serio? –le pregunta Marvin–. ¿Has hecho mucho teatro?

–No mucho. Me aburre hacer el mismo rollo una y otra vez.

–Así que Paul Wendkos es tu director favorito, ¿eh? –le pregunta Marvin.

—Sí, empecé con él siendo muy joven. Salgo en la película que hizo con Cliff Robertson, *Batalla en el mar de Coral*. Se nos ve a Tommy Laughlin y a mí de fondo en el submarino durante toda la puñetera película.

Marvin suelta una de sus declaraciones lapidarias sobre la industria del cine:

—Paul Wendkos, joder. Un gran especialista en acción subestimado.

—Muy cierto —ratifica Rick—. Y, cuando conseguí el papel en *Ley y recompensa*, vino y dirigió siete u ocho episodios. —Y luego, intentando pescar algún elogio, pregunta —: Espero que el programa doble de Rick Dalton no resultara demasiado doloroso para ti y tu mujer...

Marvin ríe.

—¿Doloroso? Calla, anda. Maravilloso todo, maravilloso —prosigue Marvin—. Mary Alice y yo vimos juntos *Tanner*. A Mary Alice no le gusta la violencia que caracteriza el cine que se hace hoy en día, o sea, que vi *McCluskey* yo solo después de que ella se acostara.

Se oyen unos golpecitos en la puerta del despacho y al cabo de un momento entra la señorita Himmelsteen con su minifalda, llevando sendas tazas de café humeante para Rick y Marvin. Les sirve con cuidado las bebidas calientes.

—Es del despacho de Rex, ¿verdad?

—Rex dice que le debe usted uno de sus puros.

El agente suelta un resoplido de burla.

—Puto rácano judío, lo único que le debo es un pescozón.

Los tres ríen.

—Gracias, señorita Himmelsteen; por ahora eso es todo.

La joven sale, dejando a los dos hombres solos para que hablen de la industria del ocio, de la carrera de Rick Dalton y, lo que es más importante, de su futuro.

—¿Por dónde iba? —pregunta Marvin—. Ah, sí, la violencia en el cine de hoy en día. A Mary Alice no le gusta. Pero

le encantan los wésterns. Siempre le han encantado. Nos pasamos todo nuestro noviazgo viendo wésterns. Ver películas del Oeste juntos es una de nuestras actividades favoritas, y *Tanner* nos gustó de verdad.

–Oh, qué amable –exclama Rick.

–Siempre que hacemos esos programas dobles –le explica Marvin–, para cuando llegan los tres últimos rollos de la película, ya tengo a Mary Alice dormida en el regazo. En el caso de *Tanner*, se mantuvo despierta hasta justo antes del último rollo, a las nueve y media, lo que está muy bien tratándose de Mary Alice.

Rick da un sorbo de café caliente mientras Marvin le cuenta los hábitos cinéfilos de la feliz pareja.

«Vaya, qué bueno –piensa el actor–. El tal Rex tiene un café de primera».

–Se termina la película y ella se va a la cama –continúa Marvin–. Entonces abro una caja de habanos, me sirvo un coñac y veo la segunda película.

Rick da otro sorbo del delicioso café de Rex.

Marvin señala la taza de café.

–Bueno, ¿eh?

–¿El qué? –pregunta Rick–. ¿El café?

–No, el pastrami. Pues claro que el café –dice Marvin en un tono de humorista judío de las montañas Catskill.

–Sensacional, joder –admite Rick–. ¿Dónde lo consigues?

–En una de esas tiendas de *delicatessen* que hay aquí en Beverly Hills, pero se niega a decir en cuál –señala Marvin, y prosigue con los hábitos cinéfilos de Mary Alice–: Por la mañana, después del desayuno y de que yo me haya ido a la oficina, el proyccionista, Greg, vuelve a ponerle el último rollo para que ella pueda ver cómo termina la película. Y ese es nuestro ritual a la hora de ver películas. Nos encanta. Y mi mujer se quedó con las ganas de saber cómo terminaba *Tanner*. Sin embargo –añade Marvin–, ya

ha adivinado que, antes del final de la película, tendrás que matar a tu padre, a Ralph Meeker.

–Sí, bueno, ese es el problema de la película –dice Rick–. La cuestión no es si mato al patriarca autoritario sino cuándo. Y la cuestión no es si Michael Callan, el hermano sensible, me mata a mí, sino cuándo.

Marvin se muestra de acuerdo.

–Cierto. Pero a los dos nos pareció que Ralph Meeker y tú hacíais muy buena pareja como actores.

–Sí, a mí también –afirma Rick–. Sí que quedábamos bien como padre e hijo. El puto Michael Callan parecía adoptado. Pero, en mi caso, sí que resultaba creíble que Ralph era mi viejo.

–Bueno, la razón de que hicierais tan buena pareja era que compartíais una jerga parecida.

Rick ríe.

–Sobre todo comparado con el puto Michael Callan, que habla como si estuviera haciendo surf en Malibú.

«Vaya –piensa Marvin–, es la segunda vez que Rick pone a parir a su compañero de reparto en *Tanner*, Michael Callan. No es buena señal. Sugiere un espíritu poco generoso y con tendencia a echar la culpa a los demás». Pero Marvin se guarda estos pensamientos para sí.

–Ralph Meeker me pareció sensacional –le dice Rick al agente–. El mejor actor con el que he trabajado en mi puñetera vida, ¡y eso que he trabajado con Edward G. Robinson! También salía en dos de los mejores episodios de *Ley y recompensa*.

Marvin sigue rememorando su programa doble de Rick Dalton de la noche anterior:

–¡Y eso nos lleva a *Los catorce puños de McCluskey*! ¡Qué película! Divertidísima. –Hace el gesto de disparar una metralleta–. ¡Venga a disparar! ¡Venga a matar! ¿Cuántos nazis de mierda te cargas en esa película? –pregunta Marvin–. ¿Cien? ¿Ciento cincuenta?

Rick ríe.

–No los conté, pero ciento cincuenta me parece un buen cálculo.

Marvin los insulta por lo bajo:

–Putos nazis de mierda... El que maneja el lanzallamas eres tú, ¿no?

–Joder, ya lo creo –dice Rick–. Y, mira lo que te digo, es una puta arma del demonio con la que más te vale ir con mucho cuidadito. Tuve que practicar con ese bicho tres horas al día durante dos semanas. Y no solo para que quedara bien en la película, sino porque el puto trasto me tenía cagado de miedo, no exagero.

–¡Increíble! –exclama el agente, impresionado.

–Conseguí el papel de pura chiripa, ¿sabes? –le dice Rick a Marvin–. En principio iba a hacerlo Fabian. Luego, ocho días antes del rodaje, el tío se rompe el hombro mientras rodaba un episodio de *El virginiano*. El señor Wendkos se acordó de mí y convenció a los mandamases de la Columbia para que pudiera irme de la Universal y así hacer *McCluskey*. –Rick termina la historia como la termina siempre–: Así que ya ves: hice cinco películas bajo contrato con la Universal y la que tuvo más éxito fue la que hice cedido a la Columbia.

Marvin saca una pitillera de oro del bolsillo interior de la chaqueta y la abre con un ruidito metálico. Le ofrece un cigarrillo a Rick.

–¿Un Kent?

Rick coge uno.

–¿Te gusta esta pitillera?

–Es muy bonita.

–Es un regalo de Joseph Cotten. Uno de los clientes a los que más aprecio.

Rick se muestra impresionado; es lo que el agente le está pidiendo.

–Le conseguí hace poco un papel en una película de Sergio Corbucci y otro en una de Ishirō Honda, y esta fue su manera de agradecérmelo.

Esos nombres no significan nada para Rick.

Mientras el señor Schwarz se guarda la pitillera de oro en el bolsillo interior de la chaqueta, Rick se saca rápidamente el encendedor del bolsillo de los pantalones. Abre la tapa del Zippo plateado y enciende los cigarrillos de ambos con ademanes de tipo duro. Después de encenderlos, cierra la tapa del Zippo con un golpeteo garboso. Marvin suelta una risita ante semejante despliegue de fanfarronería y luego aspira la nicotina.

—¿Qué fumas normalmente? —le pregunta Marvin a Rick.

—Capitol W Lights —dice Rick—. Pero también Chesterfield, Red Apple, y, no te rías, Virginia Slims.

Marvin ríe de todas formas.

—Eh, me gusta cómo saben —se defiende Rick.

—Me río de que fumes Red Apple —le explica Marvin—. Ese tabaco es un pecado contra la nicotina.

—Era el patrocinador de *Ley y recompensa*, así que me acostumbré a él. Además, me pareció buena idea que me vieran fumarlo en público.

—Muy astuto —dice Marvin—. A ver, Rick, tu agente habitual es Sid. Y me ha pedido que me reúna contigo.

Rick asiente con la cabeza.

—¿Sabes por qué me ha pedido que me reúna contigo?

—¿Por si quieres trabajar conmigo? —contesta Rick.

Marvin ríe.

—Bueno, en última instancia, sí. Pero a lo que iba: ¿sabes qué trabajo hago aquí, en la William Morris?

—Sí —responde Rick—. Eres agente.

—Sí, pero tú ya tienes un agente, que es Sid. Si yo fuera un simple agente, no estarías aquí —dice Marvin.

—Pues entonces eres un agente especial —dice Rick.

—Ya lo creo —afirma Marvin. Y señala a Rick con su cigarrillo humeante—. Pero quiero que tú me digas a qué crees que me dedico.

–Bueno –dice Rick–. Por lo que me han explicado, consigues papeles en películas extranjeras para actores famosos estadounidenses.

–Muy bien –asiente Marvin.

Ahora que por fin se entienden, los dos dan sendas caladas a los cigarrillos Kent. Marvin expulsa una larga bocanada de humo y continúa con su perorata:

–A ver, Rick, si llegamos a conocernos mejor, una de las primeras cosas que descubrirás de mí es que no hay nada... repito, nada, más importante para mí que mi lista de clientes. Si tengo tantos contactos en la industria del cine italiana, y en la alemana, y en la japonesa, y en la filipina, es, por un lado, gracias a los clientes que represento y, por el otro, a lo que representa mi lista de clientes. A diferencia de otros, yo no me dedico a las viejas glorias. Me dedico a la realeza de Hollywood. Van Johnson... Joseph Cotten... Farley Granger... Russ Tamblyn... Mel Ferrer. –El agente pronuncia cada nombre como si estuviera recitando los nombres de los rostros tallados del Monte Rushmore–. ¡Realeza de Hollywood, con filmografías salpicadas de clásicos eternos! –El agente pone un ejemplo legendario –: Cuando el borracho de Lee Marvin se cayó del papel del coronel Mortimer en *La muerte tenía un precio*, tres semanas antes del rodaje, fui yo quien convencí al gordo de Sergio Leone para que moviera el culo y fuera al Sportsmen's Lodge para tomarse un café con Lee Van Cleef, que acababa de dejar la bebida. –El agente espera a que su interlocutor asimile la magnitud de la anécdota. Luego, dando una calada despreocupada a su Kent, expulsa el humo y añade otra de sus declaraciones lapidarias sobre la industria–: Y el resto, como dicen, forma parte de la mitología del wéstern.

Marvin centra su atención en el actor de series del Oeste que tiene al otro lado de la mesita de cristal.

–A ver, Rick, *Ley y recompensa* era una buena serie y tú hiciste un buen papel. Mucha gente que viene a esta ciu-

dad se hace famosa por interpretar películas de mierda. Mira a Gardner McKay.

Rick se ríe de la pulla a Gardner McKay. Marvin continúa:

–En cambio, *Ley y recompensa* era una serie de vaqueros de lo más decente. Y eso no te lo quita nadie, y puedes estar orgulloso de ello. Pero ahora, de cara al futuro... Pero, antes de hablar del futuro, aclaremos un poco la historia.

Mientras ambos siguen fumando, Marvin somete a Rick a un auténtico cuestionario, como si estuvieran en un concurso de televisión o en un interrogatorio del FBI.

–A ver, *Ley y recompensa*... era de la NBC, ¿verdad?

–Sí. De la NBC.

–¿Duración?

–¿Cómo que duración?

–¿Cuánto duraban los episodios?

–Bueno, era una serie de media hora, o sea, que veintitrés minutos, más los anuncios.

–¿Y cuánto tiempo se estuvo emitiendo?

–Empezamos en la programación de otoño de la temporada 59-60.

–¿Y cuándo la cancelaron?

–En mitad de la temporada 63-64.

–¿Se pasó a color?

–No, no llegaron a pasarla en color.

–¿Cómo conseguiste la serie? ¿Te propusiste tú o te llamó la cadena?

–Había salido de invitado en *Calibre 44*, haciendo de Jesse James.

–¿Y fue ese papel el que les llamó la atención?

–Sí, aunque tuve que hacer una prueba de *casting*. Y seguro que la hice de puta madre. Pero sí.

–¿Qué películas hiciste mientras no trabajaste en la tele?

–Bueno, la primera fue *Levantamiento comanche* –dice Rick–. El protagonista era Robert Taylor, ya muy viejo y muy feo. Pero ese acabaría siendo un tema recurrente en todas mis películas –explica–. Un viejo haciendo de pareja de un tipo joven. Robert Taylor y yo. Stewart Granger y yo. Glenn Ford y yo. Nunca era yo solo –señala el actor, en un tono frustrado–. Siempre éramos algún viejales y yo.

–¿Quién dirigió *Levantamiento comanche*? –pregunta Marvin.

–Bud Springsteen.

Marvin hace una observación:

–He visto en tu currículum que trabajaste con un montón de directores de wésterns de la antigua Republic Pictures: Springsteen, William Witney, Harmon Jones, John English...

Rick ríe.

–Los típicos directores de oficio. –Luego se explica–: Pero Bud Springsteen no era un simple tipo con oficio. No se limitaba a resolver la papeleta. Bud era distinto de los demás.

Eso interesa a Marvin.

–¿Distinto cómo?

–¿Qué? –pregunta Rick.

–Bud y los demás directores de oficio –pregunta Rick–, ¿en qué se diferenciaban?

Rick no necesita pensar para responder a eso, porque ya hace años que encontró la respuesta a esa pregunta, cuando salía de invitado en *Helicópteros* con Craig Hill y Bud al timón.

–Bud disponía del mismo tiempo que todos esos otros puñeteros directores –dice Rick con autoridad–. Ni un solo día, ni una hora, ni un atardecer más que nadie. Pero era precisamente cómo disponía de ese tiempo lo que lo diferenciaba de los demás –explica Rick con sinceridad–. Era un orgullo trabajar con Bud.

Eso le gusta a Marvin.